

Nuestro García Márquez personal

Michael Palencia-Roth / La Universidad de Illinois

La suya fue una muerte muy anticipada y anunciada. Durante años, los amigos me informaban—desde España o Colombia—cómo andaba nuestro Gabo, el Maestro. Y los medios de comunicación mantenían el mundo al tanto. Cuando sucedió lo inevitable, intercambié con amigos en Colombia, España, EE.UU., Japón, Francia e Italia, múltiples correos de pésame y varias llamadas telefónicas, como si hubiera muerto nuestro padre o un tío querido. El 17 de abril de 2014, desapareció el hombre que me había acompañado durante unos 45 años, el maestro que me había llevado de la mano a conocer, no el hielo, sino la historia, la geografía y la literatura de mi país. Además, él me había llevado a reflexionar sobre textos clave de la literatura mundial e hispanoamericana que influyeron en su obra. Esta experiencia mía la comparto con muchos lectores, dentro y fuera del país. Pero es más: con Gabo llegamos a sentirnos, como nunca antes, orgullosos de ser colombianos y colombianistas. El día en que Gabo se ganó el Premio Nobel, estudiantes y colegas, sabiendo que yo había terminado de escribir un libro sobre él, me llamaron para felicitarme, como si fuera yo un pariente del premiado. Y nunca me olvidaré de aquella semana de octubre de 1996 en la que, con varios colegas, tuve con él en Guadalajara largas conversaciones sobre su obra y vida.

Antes de 1967, García Márquez era un escritor conocido sólo por un puñado de lectores, a pesar de que ya había publicado bastante. Además de su periodismo, había publicado una serie de cuentos (*Ojos de perro azul*), una primera novela (*La hojarasca*), un reportaje magistral que se convertiría en libro (*Relato de un naufrago*), una impresionante novela corta (*El coronel no tiene quien le escriba*), otra novela (*La mala hora*), y una segunda colección de cuentos (*Los funerales de la Mamá Grande*). Después de la publicación, en 1967, de *Cien años de soledad*, su vida cambió para siempre. Unos cuatro años después, la vida mía también cambió. En 1971, pedí permiso para incluir a García Márquez en mi tesis doctoral. “Aquí en Harvard solamente escribimos sobre escritores muertos”, fue la contundente respuesta, negándome el permiso. Persistí, y Gabo entró en la tesis, acompañado por dos escritores muertos, Thomas Mann y James Joyce. Desde aquel entonces, a Gabo lo he leído y estudiado continuamente. Y en cualquier rincón del mundo en donde me encuentre, he conocido lectores de su obra, muchos de ellos ahora amigos míos, además de ser miembros de la “Asociación de Colombianistas”, que se fundó en 1983.

En 1982, en su discurso Nobel ante la Academia Sueca, este escritor del Caribe y de Colombia expuso ante el público privilegiado de Suecia, “la aventura de la imaginación”

que es la realidad Latinoamericana, una realidad a veces descomunal, a veces fantasmal, de “hombres alucinados y mujeres históricas”, a veces demente, pero, en todo caso, tan singular que algunos la describen como *realismo mágico*, sin entender que dicho realismo es, a veces, más que nada, sólo la crónica de nuestra cotidianidad.

Libro tras libro, Gabo ha sido el mejor cronista de nuestra realidad, retratada por medio de sus obsesiones. De un patriarca descomunal al padre de la patria en su último viaje, de una abuela desalmada a un viejo de noventa enamorado de una putica triste y virgen de catorce, de la crónica de una muerte anunciada a la historia de un amor en los tiempos del cólera postergado por más de medio siglo, García Márquez ha transformado en literatura, para el mundo entero, algunos de los más profundos misterios del corazón humano.

Con su muerte ha desaparecido el mayor de los gigantes del llamado “boom”. El único que aún vive es Mario Vargas Llosa. Admiramos a todos los maestros del boom. Y a otros también. No veremos nunca más, me imagino, a escritores del nivel de Juan Rulfo, Pablo Neruda, Alejo Carpentier o Jorge Luis Borges. Lo que ocurrió en América Latina, en la segunda mitad del siglo XX, se entenderá, creo, como el otro Siglo de Oro de las letras hispánicas, como un milagro de la literatura universal. Otro milagro es el de la vida y el camino de un muchacho, nacido en un pueblito ahora no olvidado del norte de Colombia, criado y educado en circunstancias difíciles, que llegó a la cumbre de la literatura universal. Este milagro es un misterio que, después de casi medio siglo de leer a Gabo, de estudiarlo e interpretarlo, además de haberlo conocido personalmente, todavía no me explico.

“¿Por qué”, me preguntó un amigo desde España tres días después de la muerte, “en vez de enterrar a García Márquez, lo incineraron?” Le contesté que no sabemos, por no estar al tanto de las decisiones de su familia, pero que eso quizás se hizo por dos razones. La una, para evitar el fetichismo, el inevitable espectáculo acerca de su cadáver y de dónde enterrarlo (¿en México o en Colombia? Y, si en Colombia, ¿en Bogotá, en Cartagena, en Aracataca?). Estoy convencido de que la tumba se convertiría en negocio. La otra razón es, para mí, la fundamental: García Márquez solía destruir sus borradores, para dejar solamente la obra. Creo que lo mismo ha querido hacer con su cuerpo. Lo que nos queda del Maestro es lo que él quiso dejarnos: sus libros, su inmortal obra.

En 1981, García Márquez publicó una crónica que lleva como título “Mi Hemingway personal”. Ahí narra cómo, en una lluviosa primavera de 1957, en París, el joven e indocumentado escritor, caminando no lejos del jardín

IN MEMORIAM

de Luxemburgo, vio en la otra acera al famoso Ernest Hemingway, paseando con su esposa Mary Welsh. De repente, García Márquez puso sus manos en bocina y, como Tarzán en la selva, le gritó, “Maeeeestro”. Hemingway, sabiendo que el único maestro entre toda la muchedumbre de esa calle era él, alzó la mano y, en castellano, le respondió con otro grito, “Adioooooo amigo”. Nosotros, hoy día, pocas semanas después de su muerte, sólo podemos enviar al vacío, a nuestro Gabo personal, estas últimas palabras: “Adioooooo Maeestro”.

(Tokio, Japón
Hindman, Kentucky
Champaign, Illinois
junio de 2014)